

**Victorias y padecimientos de la fe**

**(primera parte)**

(Heb. 11:32-38)

**Introducción:**

Hemos llegado a la última sección del capítulo de la carta a los Hebreos, en el cual nuestro autor se enfocará en presentar otros ejemplos o testimonios de fe perseverante tomados de personajes del Antiguo Testamento; aunque ya no de una forma detallada, como ha sido la constante hasta el verso 31.

El autor está demostrando a los lectores de su carta que ellos no deben estar pensando en abandonar la fe en Cristo a causa de los problemas, persecuciones y angustias que sufren por seguirlo a Él; ni deben desmayar en la confianza debido a que no están viendo el cumplimiento de algunas promesas; sino que más bien deben imitar a los héroes de la fe en el Antiguo Testamento, los cuales no desmayaron ante la aparente demora del cumplimiento de las promesas, ni retrocedieron cobardemente ante los ataques de los enemigos, ni desmayaron cuando las pruebas requerían sacar fuerzas especiales.

Por cierto, el último ejemplo de fe perseverante, Rahab la ramera, evidenció que los grandes héroes de la fe no fueron siempre admiradas personalidades, o distinguidos ejemplares de la sociedad, sino que de lo vil y menospreciado nos escogió Dios para sentarnos con la multitud de santos ángeles que adoran para siempre al Soberano creador.

En el verso 32, nuestro autor sagrado presenta una lista rápida de héroes de la fe en el tiempo de los jueces y el inicio de la monarquía. Este tiempo estuvo marcado por la apostasía y la oscuridad espiritual. El pueblo de Dios, luego de establecerse en la tierra prometida y de empezar a disfrutar las comodidades que se derivaban de un suelo productivo, empezó a engordar, no sólo sus vientres, sino su corazón; y poco a poco se distanciaron de la fe que caracterizó a sus ancestros: Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés y Josué.

En el tiempo de los jueces la apostasía llegó a tal punto que la Biblia dice: “... *cada uno hacía lo que bien le parecía*” (Jos. 21:25). Después de la muerte de Josué el pueblo de

Israel apostató de la fe en Dios y se fue tras los ídolos: *“Después los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y sirvieron a los baales. Dejaron a Jehová el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y se fueron tras otros dioses, los dioses de los pueblos que estaban a sus alrededores, a los cuales adoraron; y provocaron a ira a Jehová”* (Jos. 2:11-12). En consecuencia de este grave pecado el Señor permitió que los pueblos enemigos les invadieran constantemente, dañándoles la paz y tranquilidad de que disfrutaban.

El Señor, conociendo la inclinación pecaminosa de nuestros imperfectos corazones, y con el fin de ayudarnos a mantenernos en constante vigilancia, no destruye por completo a nuestros enemigos, sino que deja a unos cuantos para que no nos permitan dormir tranquilos en una vana confianza carnal.

Cuando el pueblo de Israel se dormía en su prosperidad y empezaba a alejarse del Dios vivo, los pocos pueblos enemigos que Dios había dejado en pie en la tierra de Canaán, se levantaban y les causaban problemas, entonces el pueblo de Dios se despertaba de su letargo y volvía a buscarle. *“Estas, pues, son las naciones que dejó Jehová para probar con ellas a Israel, a todos aquellos que no habían conocido todas las guerras de Canaán; solamente para que el linaje de los hijos de Israel conociese la guerra... Y fueron para probar con ellos a Israel, para saber si obedecerían a los mandamientos de Jehová, que él había dado a los padres por mano de Moisés”* (Jue. 3:1-2, 4).

El tiempo de los jueces estuvo marcado por estas constantes luchas contra los pueblos vecinos. Era un tiempo de decadencia y oscuridad espiritual. Tal vez sea esa la razón por la cual el autor de nuestra carta escogió a unos personajes que no esperaríamos encontrar en este cuadro de honor, y obvió a algunos que, según nuestro parecer, debieran estar.

Hubiésemos querido que mencionara de manera directa a Caleb, Ana, Asaf o Daniel; pero no fue así. Por el contrario incluyó a personajes cuya vida de fe estuvo acompañada de múltiples debilidades: Barac, no se atrevió a ir a la guerra si no lo acompañaba una mujer; Débora; Sansón, ejerció poco dominio en su sexualidad y se dejó arrastrar por el amor a las mujeres; Jefté, hizo un voto innecesario que le llevó a sacrificar en holocausto a su propia hija.

Pero nuestro autor sagrado ha comprendido que en el reino de Dios los primeros serán postreros y los postreros serán primeros. En la vida cristiana todo es por gracia, y la gracia soberana escoge a algunos, que según los hombres no merecían ninguna honra, para ponerlos en un lugar de honor. Pues, aunque la mayoría de los personajes presentados en esta lista tuvieron muchas debilidades, no obstante ellos alcanzaron grandes logros para al reino de Dios, a través de la fe. Y nuestro autor no se enfocará en las debilidades de ellos, sino en la fortaleza de la fe; una fe que tenía el reto de expresarse y mantenerse en medio de una generación apóstata, entregada a la idolatría, donde el culto al Dios verdadero estaba en retroceso.

Aunque estos héroes estuvieron *“sujetos a pasiones semejantes a las nuestras”* (Stg. 5:17), ellos no se quedaron postrados en sus pecados, sino que pusieron la mirada en *“Jesús, el autor y consumidor de la fe”* (Heb. 12:2), recibiendo de él la fuerza para vencer sus inclinaciones pecaminosas y hacer el trabajo para el Reino de Dios.

En el estudio de hoy aprenderemos que la fe nos da la fuerza para pelear las batallas del Señor, conquistar la victoria y vencer en medio de la adversidad o las limitaciones propias de la naturaleza humana, confiando en el poder, la sabiduría y los métodos de Dios.

*“¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, y de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas”* (v. 32).

El autor de la carta quisiera continuar discuriendo sobre los actos de la fe de los más prominentes personajes de la historia bíblica, pero el tiempo no le alcanzaría para ser tan prolijo, además que el espacio en una carta o epístola no sería tan extenso como para ahondar más.

Pero a él le agradaría hablar de la vida de fe de Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel, y todos los profetas, e incluso, suponemos que de los apóstoles, profetas, evangelistas y pastores en el Nuevo Testamento; no obstante, siendo que los lectores conocían de cerca el Antiguo Testamento, él confía que con solo mencionar algunos nombres, ellos serían capaces de traer a la memoria los actos de la fe perseverante de estos personajes, y otros que no mencionará. Su lista no es exhaustiva.

El corto listado de nombres que presenta en este versículo tiene ciertas particularidades que nos pueden transmitir importantes enseñanzas. El orden de los nombres no es cronológico, es decir, no están en la secuencia histórica que nos presenta la Biblia; el orden cronológico sería: Barac (Jue. 4-5), Gedeón (Jue. 6-8), Jefté (Jue. 11-12), Sansón (Jue. 13-16), Samuel (1 Sam. 1-16) y David (1 Sam. 16-31).

Si tomáramos este grupo de hombres en secciones de dos en dos, entonces encontraríamos que el último mencionado debía ser el primero según el orden cronológico, es decir, entre Gedeón y Barac, el último es el primero cronológicamente, lo mismo en el caso de: Sansón y Jefté; y entre David y Samuel. Evidentemente nuestro autor sagrado quiere enfatizar que la gracia, obrando a través de la fe, no tiene en cuenta la posición humana, o la dignidad terrena, sino que ella exalta a los quiere exaltar y da más honor a los que son considerados menos importantes en el Reino.

Es probable que nuestro autor siga el mismo orden que presentó Samuel en su discurso de despedida del pueblo de Israel: *“Entonces Jehová también envió a Jerobaal (Gedeón), a Barac, a Jefté y a Samuel, y os libró de mano de vuestros enemigos en derredor, y habitasteis seguros”* (1 Sam. 12:11).

**Gedeón.** 30.000 soldados del pueblo de Israel estaban acampando junto a la fuente de Harod con el fin de hacer guerra a los madianitas. Los madianitas contaban con un numeroso ejército, al punto que el relato bíblico dice que *“estaban tendidos en el valle como langostas en multitud, y sus camellos eran innumerables como la arena que está a la ribera del mar en multitud”* (Jue. 7:12).

Los madianitas eran un pueblo pagano, entregado a la idolatría; los cuales se oponían al pueblo de Dios. A causa de los madianitas los israelitas habían trasladado su morada a las montañas y las cavernas, pues, este guerrero pueblo los oprimía, invadiendo y saqueando sus cultivos.

La guerra era desigual, el poderío bélico de los madianitas se había fortalecido aún más con la ayuda de los amalecitas y los hijos del oriente.

Gedeón, el jefe del ejército del pueblo del Señor, debía enfrentar un reto muy grande, un reto que superaba toda posibilidad humana de salir victorioso, más, cuando entre un 75% y un 80% de su ejército estaba lleno de temor frente al enemigo (Jue. 7:3).

No obstante, Gedeón había tenido un encuentro con el Dios de Abraham. Él había sido convertido al Dios verdadero a través de una visita especial que le hiciera el ángel de Jehová, que no es más que el Cristo pre-encarnado: “*Y el ángel de Jehová se le apareció y le dijo: Jehová está contigo, varón esforzado y valiente*” (Jue. 6:12).

Gedeón aprovechó la ocasión de estar hablando directamente con Jehová y le reclamó por haber permitido que su pueblo cayera en manos de los enemigos, pero el Señor le dijo que él sería el instrumento para la liberación: “*Y mirándole Jehová, le dijo: Ve con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te envío yo?*” (v. 14).

Pero siendo que Gedeón tenía temor y dudaba de sí mismo a causa de ser el menor de la casa de su padre y de pertenecer a una familia muy pobre (Jue. 6:15), entonces el Señor le hace ver que cuando él escoge a una persona para hacer una obra especial en su Reino, él lo capacita y no tiene en cuenta la posición, o las fuerzas, o la inteligencia de la persona, sino que la gracia es suficiente para dar inteligencia al más ignorante, fuerzas al más débil o valor al más cobarde: “*Jehová le dijo: Ciertamente yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre*” (v. 16). Para cumplir a cabalidad con la misión que el Señor encomienda se requiere más que el valor y la audacia natural o carnal, pues, la gloria de Dios debe brillar en el humilde creyente, y el Dios de la gloria lo debe preparar para ser efectivo en su Santo reino.

Dios debe hacer primero su trabajo en el creyente, antes de que el creyente pueda hacer el trabajo encomendado por Dios.

Los siervos de Dios, primero deben experimentar su propia debilidad, con el fin de que aprendan que la toda suficiente fuerza del Señor está disponible para él a través de la fe en Cristo.

Gedeón pudo recibir la fuerza del Señor para cumplir con la tarea encomendada, y solo pudo ser fuerte, cuando reconoció su propia debilidad, pues, “*cuando soy débil, entonces soy fuerte*” (2 Cor. 12:10).

Pero no se trata sólo de reconocer nuestra debilidad, sino de ser investido del poder de lo alto. Cuando el *“Espíritu de Jehová vino sobre Gedeón”* (Jue. 6:34), él pudo tocar un cuerno y los hombres que Dios había destinado para que le acompañaran a la guerra vinieron a él, porque ellos sabían que el Espíritu de Dios estaba sobre él.

De la misma manera, el Señor Jesús, cuando escogió a sus discípulos, a través de los cuales inundaría la tierra con el evangelio, no seleccionó a los más grandes, ni a los más inteligentes, ni a los más prestigiosos de la sociedad; por el contrario, pareciera que Dios se especializa en escoger a los más despreciados para que hagan las labores más grandes, y asuman los retos más elevados en su Reino.

Escogiendo a personas débiles como nosotros, el Señor recibe toda la gloria por sus hazañas, pues, el débil instrumento utilizado no podía hacer nada por sí mismo y era incapaz de lograr las victorias que la gracia del Señor conquistó para su pueblo.

Esta fue la lección que el Señor le dio a Gedeón cuando redujo su ejército de 30.000 a solo 300 hombres: *“Y Jehová dijo a Gedeón: El pueblo que está contigo es mucho para que yo entregue a los madianitas en su mano, no sea que se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado”* (Jue. 7:2). Esto era un asunto de fe, pues, enfrentar a un gigantesco y bien armado ejército, con solo 300 hombres; usando como armas unos insignificantes cántaros y melodiosas trompetas, sonaba ridículo para cualquier estrategia militar. Pero Gedeón confió en las, aparentemente absurdas, instrucciones que recibió del Dios de Israel, y en un acto de fe, se lanzó a la batalla, ganando la victoria y librando al pueblo del Señor de sus enemigos.

De la misma manera, el pueblo del Señor en el Nuevo Testamento debe enfrentar luchas por la fe, y debe guerrear en contra de los enemigos del Reino de Dios. Nuestra batalla no consiste en matar a nadie, ni en pelear por tierras o bienes materiales, sino en ganar almas para Cristo y hacer que las tinieblas retrocedan a través de la predicación fiel del evangelio de Dios.

El Señor Jesús nos dio la sagrada misión de llevar su evangelio a todas las naciones, haciendo discípulos. Pero, ¿Cómo haremos esta labor si nosotros somos personas invadidas de tantas debilidades, y no tenemos muchos recursos, ni somos los más inteligentes, ni los

más prestigiosos de la sociedad? El apóstol Pablo responde: “*Pues, mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo, y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia*”. (1 Cor. 1:26-29).

Así como sucedió en Gedeón, que el Espíritu del Señor vino sobre él, nuestro capitán, el Señor Jesús, nos envió al Espíritu Santo, para que morando en nosotros nos inundara de poder sobrenatural, para así llevar su evangelio por doquier, siendo testigos, hasta el punto de ser mártires, en medio de nuestros familiares, vecinos, conciudadanos, y hasta lo último de la tierra: “*Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra*” (Hch. 1:8).

Pero las tareas en las cuales el cristiano se debe ocupar no solo se refieren a la conquista de los perdidos, sino que también incluyen la conquista de la santidad en su vida personal. “No podemos vencer a Satanás ni rechazar la tentación con nuestras propias fuerzas. No podemos aumentar la fe, o incluso, mantenernos en su ejercicio, a través de alguna resolución de nuestra mente o por un acto de nuestra voluntad. No podemos lograr victorias para la alabanza de nuestro Dios por nuestra propia fidelidad. Es sólo cuando estamos fortalecidos por el Espíritu Santo en el hombre interior que estamos preparados para la batalla contra las fuerzas del mal, y esta fuerza debe ser buscada con diligencia y confianza”<sup>1</sup>.

**Barac.** El pueblo del Señor tenía un corazón rebelde, entregado a la mundanalidad, y cada vez que Dios los libraba de sus enemigos y duraban cierto tiempo disfrutando de paz y prosperidad, se inclinaban a la idolatría y al pecado.

En tiempos de los jueces la situación de Israel llegó a un punto espiritual tan bajo, que ningún hombre era capaz de guiar al pueblo en asuntos espirituales, a tal punto que una

---

<sup>1</sup> Pink, Arthur. Extraído de: [http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_077.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_077.htm) En: Noviembre 26 de 2011



mujer, llamada Débora, tuvo que levantarse como madre en Israel (Jue. 5:7), y asumir la dirección espiritual del pueblo; función que estaba designada para los varones, los cuales debían ser la cabeza o guía espiritual, tanto en sus casas como en la nación.

Como consecuencia de este estado de ruina espiritual y apostasía, los enemigos del pueblo de Dios habían invadido la tierra prometida, y en cabeza del rey de Canaán los habían mantenido como siervos durante veinte años.

Luego de que el pueblo volvió su mirada al único Dios del cielo, él tuvo misericordia de Israel y llamó a Barac para que liderara el ejército del pueblo de Dios y los librara de Síscara, el capitán del ejército enemigo.

Dios le había dicho a Barac, a través de Débora, quien también era profetiza: *“¿No te ha mandado Jehová Dios de Israel, diciendo: Ve, junta a tu gente en el monte de Tabor, y toma contigo diez mil hombres de la tribu de Neftalí y de la tribu de Zabulón; y yo atraeré hacia ti al arroyo de Cisón a Síscara, capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su ejército, y lo entregaré en tus manos?”* (Jue. 4:6-7).

Pero no era sencillo enfrentar a un ejército enemigo que estaba mejor equipado bélicamente, pues, Síscara contaba con *“novecientos carros herrados”* (v. 3), lo cual era como poseer armas nucleares en nuestros días. No obstante, Barac, en vez de huir ante el enemigo o abdicar de su responsabilidad, confió en la Palabra que el Señor le daba a través de la profetiza, y se enfrentó al enemigo. Dios mismo peleó por ellos y ganó la batalla en favor de su pueblo: *“Y Jehová quebrantó a Síscara, a todos sus carros y a todo su ejército, a filo de espada delante de Barac”* (Jue. 4:5).

Barac ganó un nombre honroso en la historia del pueblo de Dios como consecuencia de su fe, la cual le llevó a obedecer y confiar en que Dios le daría la victoria: *“Levántate, porque este es el día en que Jehová ha entregado a Síscara en tus manos. ¿No ha salido Jehová delante de ti?”* (Jue. 4:14).

Aunque el nombre de Débora no forma parte del listado de honor de los grandes héroes de la fe, ella siempre será recordada como la mujer que Dios usó, en un tiempo especial y bajo condiciones especiales, como el instrumento de fortaleza para el pueblo de Israel y para la fe de Barac.



## **Aplicaciones:**

- Los ejemplos de fe que hemos estudiado en esta oportunidad tuvieron la característica de haberse destacado en un tiempo de gran decadencia espiritual. Israel se había alejado del Dios vivo y la verdadera religión estaba en retroceso. Esto evidencia que en las épocas de mayor oscuridad espiritual la fe alcanzó sus más grandes logros y sus victorias más notables; pues, la fe no depende de los buenos vientos externos, sino que ella es sostenida por Aquel que es infinitamente superior a todas las circunstancias. El versículo 32 se ha escrito para nuestro aliento. En este siglo estamos viviendo un tiempo de gran decadencia de la verdadera fe cristiana. El estado del cristianismo es lamentable. Aunque hoy día mucha gente asiste a las iglesias, y cientos de miles se identifican como cristianos, la verdad es que hay un desconocimiento generalizado de Dios y de Su Palabra, la santidad práctica se encuentra en un nivel muy bajo y la mundanalidad se disfraza de espiritualidad. Pero el brazo del Señor no se ha acortado, y los que se apoyan con fuerza sobre la verdadera fe, serán sostenidos y capacitados para hacer proezas en el nombre del Señor.

- Carlo Magno, Napoléon, Simón Bolívar, entre otros, hicieron grandes proezas y alcanzaron ingentes logros personales o nacionales; pero lo que el autor de Hebreos quiere resaltar no es el poder de la fuerza, la voluntad y las intenciones humanas, sino el poder de la fe obrando en el creyente. Lutero, Calvino y los otros reformados evangélicos, fueron levantados en la edad oscura del Medioevo, no por su propio poder, sino por el poder de la Gracia electiva, la cual los capacitó en fe para hacer las tareas a que Dios los llamaba, y en contra de todo viento de oposición, pusieron en alto el estandarte de la verdad de la Palabra y del Evangelio. El llamamiento de estos hombres fue extraordinario, y así mismo sus actuaciones. Ellos estaban dotados con poderes poco comunes, y el Dios del cielo les daba una energía sobrenatural para que cumplieran con sus monumentales tareas. Pero lo que diferenció a estos valientes hombres del resto, fue la fe. Hermanos, cultivemos y fortalezcamos nuestra fe, conociendo cada día al Dios de la gloria a través del estudio fiel y sistemático de su Santa Palabra, a través de la oración que derrama el corazón ante su presencia; y en nosotros también veremos cómo la Gracia nos fortalece para trabajar con

ímpetu a favor del avance del Reino de Cristo en medio de una generación entregada a toda suerte de pecados y maldades.

- Gedeón pudo hacer la tarea que el Señor le encomendaba sólo cuando se vació de toda confianza en sí mismo, cuando reconoció que él no era nada, entonces, y sólo entonces, el poder de Dios se manifestó gloriosamente en su vida. Cuando Gedeón comprendió que debía ir a la batalla y ganarla, él le preguntó al Señor “¿Con qué salvaré yo a Israel?, pues, él sabía que debía cumplir con su tarea, pero en él no había habilidad alguna para hacer tan grande obra. Entonces el Señor le dijo: “*Ciertamente yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas...*”. La Palabra de Jehová para Gedeón fue de gran valor y ánimo, pues, “*Si Dios es por nosotros, ¿Quién contra nosotros?* (Ro. 8:31). Solo con el poder del Señor a su lado, Gedeón pudo exclamar como Pablo, luego de haber dicho: “... *aunque nada soy*” (2 Cor. 12:11): “*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*” (Fil. 4:13). La misma Palabra que fue dicha a Gedeón ha sido pronunciada a favor de nosotros, pues, el Señor Jesús, nuestro capitán, nos mandó a hacer una tarea, no de conquista material o terrena, sino espiritual: “*Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*” (Mt. 28:19); pero cuándo le preguntamos al Señor: ¿Cómo haremos esta obra de alcanzar al mundo para Cristo si nosotros somos pobres y débiles mortales que a duras penas sabemos medio hablar? ¿Cómo inundaremos a nuestras ciudades con el evangelio y haremos discípulos si somos unos simples desconocidos que no tenemos la capacidad para impactar a nadie? Entonces el Señor te dice, así como dijo a Gedeón: “*Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra (es decir, yo soy el Dios Todopoderoso, e irán con mi poder y cumplirán la tarea que les he asignado)... y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén*” (v. 18, 20). Si Jesús está con nosotros, entonces no hay nada que temer. Si Jesús está con nosotros, vayamos a la batalla y conquistemos a las almas elegidas de nuestras ciudades, para el evangelio. Así Sísara esté esperándonos con 900 carros herrados y un ejército de langostas, nada podrá detenernos porque el Dios de la gloria, el capitán de los ejércitos de Israel va con nosotros, delante de nosotros; derrotando al enemigo y abriéndonos el paso para que despojemos a los enemigos del pueblo de Dios, no de los vanos tesoros terrenos que se corroen, sino de las almas que tienen aprisionadas en sus garras de mentiras y maldad.